

polo á polo clamando contra las riquezas del santuario, armando la fuerza física de los gobiernos contra el templo del Señor, so pretexto de que su reino es espiritual y no necesita de riquezas; el sentido católico del Universo y de los siglos, apoyado en las manifestaciones explícitas del Señor á los reyes de la antigua Lei, en la conducta de los magos y en el ejemplo de tantos príncipes, los mas ilustres en todo género, lanzaria el anatema de su reprobacion contra esos discursos hipócritas, esos despojos sacrilegos y esas rapacidades impías.

31. Ved, pues, amados hijos, qué tesoro de ciencia, qué arcanos tan augustos, qué grandes ejemplos no está ofreciendo á vuestra conducta cristiana este viaje dilatado, lleno de circunstancias maravillosas, que á la luz de una de estrella emprenden los magos para adorar al Mesías! La misericordia que les escoge, sin embargo de no formar parte del pueblo que cree; la gracia que les previene, sin embargo de no contar con otras luces que las de la inteligencia; la dócil cooperacion de ellos á esta gracia, humillando su razon á la fe; su consecuencia fidelísima con lo mismo que creen, levantándose al instante para buscar al Salvador; su constancia en la prosecucion de aquel viaje tan dilatado como penoso; su valeroso comportamiento con Heródes, preguntándole por el Rei de los judíos, sin hacer alto en los peligros que tal pregunta podia traerles; su solicitud en buscar á toda costa la cuna del Niño; la alegría que sienten cuando la estrella vuelve á lucir á sus ojos; la prontitud y reverencia con que adoran á este Niño en un pesebre, donde se manifiesta como el desecho de los hombres; la devocion con que le ofrecen aquellos misteriosos dones; la docilidad con que cambian de rumbo, desconfiando de sí mismos y confiando en el Dios que les inspira: todo esto, hijos míos, debo ilustrar vuestras mentes, aleccionar vuestra conducta, dirigir vuestros pasos y abrazar en el fuego de la caridad vuestro corazón. Reconoced, pues, y agradeced al Señor las gracias que os ha dispensado como á los magos: corresponded á esta gracia, buscándola en todas partes, buscándola siempre y buscándola á toda costa; confesadle simples y generosos en presencia de los enemigos de su Nombre, aun cuando estén armados con el poder; reconocedle y adoradle como verdadero Dios, á pesar de sus santas humillaciones: ofrecedle el oro de la fe en el vasallaje humilde de vuestro entendimiento, el incenso de la verdadera devocion en el rendimiento absoluto de vuestra voluntad á la suya, la mirra de vuestra piedad, contemplando los excesos de su amor en los misterios de su Pasion y muerte, y abrazándoos con su Cruz: y despues de haber llegado á él por medio del Bautismo, en que fuisteis regenerados, ó de haber vuelto á su gracia despues del pecado por medio de la verdadera penitencia, dejad para siempre los viejos caminos llenos de escollos para la virtud; dejad ese piélago borrascoso, batido á todos vientos por las tentaciones, en que tantas veces ha naufragado la inocencia; y tomad el sendero nuevo que os traza la gracia, volviendo vuestras espaldas al enemigo, caminando con la Cruz, cuyo misterioso peso nos afirma en la gracia, practicando las obras del hombre regenerado en Jesucristo, fiel á Jesucristo y que no vive mas que para Jesucristo. De esta suerte adquirireis, al fin de este camino de prueba, el perdurable gozo de radicaros por toda la eternidad en la patria de los escogidos.

## PRIMERA PARTE

DE LA

## DOCTRINA CRISTIANA.

## VIGESIMATERCIA INSTRUCCION.

SOBRE EL MISTERIO DE LA PURIFICACION.

*Postquam impleti sunt dies purificationis ejus secundum legem Moysi, tulerunt illam in Jerusalem, ut sisterent eam Domino.*

Cumplido el tiempo de la purificacion de la madre, segun la lei de Moysés, llevaron el niño á Jerusalem para presentarle al Señor.

Luc. Cap. II, v. 22.

1. ESTABA prevenido en la lei de Moysés, amados hijos, que la mujer que diese á luz un varon, permaneciese inmunda por siete dias, y despues del octavo, en que debía circuncidarse el niño, estuviese otros treinta y tres dias en purificacion, no pudiendo en todo el tiempo dicho tocar ninguna cosa santa, ni entrar al templo hasta que hubiesen pasado dichos dias. Ambos términos se duplicaban cuando la criatura era mujer, pues en este caso la madre duraba dos semanas inmunda, y sesenta y seis dias en purificacion. Concluido el término, debía llevar al templo un cordero de año en holocausto y un palomino ó tórtola en ofrenda, y entregarle al sacerdote en la puerta del tabernáculo del testimonio. El sacerdote ofrecia estos dones al Señor, y oraba por la madre, con lo cual quedaba ésta purificada. Cuando no podia llevarse, por causa de pobreza, el cordero, se reducía la obligacion á ofrecer dos tórtolas ó dos palominos, uno por holocausto y otro por el pecado, y el sacerdote hacia las mismas oraciones.

2. Como esta lei presuponia en la generacion y parto el orden comun de la naturaleza, y por lo mismo el concurso de varon, clarísimo era que no comprendia por aspecto alguno á la Madre del Mesías; pues le concibió en su vientre purísimo, no por el con-

curso de varon, sino por obra del Espíritu Santo, y le dió á luz fuera del orden comun, es decir, sin lesion la mas mínima ni dolor alguno en su bendito cuerpo. ¿Cómo podia reputarse inmund, ni un instante solo, aquella predilecta criatura en cuyo vientre residia el Unigénito del Padre? ¿Cómo suponer incapaz de tocar una cosa santa á la que tenia en su vientre al Dios de la santidad? ¿Cómo tener prohibida la entrada en el templo la que servia de trono á la Majestad Eterna del Señor? ¿Qué pecado tenia que redimir con material ofrenda la escogida para dar á luz al Salvador del mundo? ¿De qué ruegos habia menester aquella en quien personalmente residia el Dispensador Supremo de todos los bienes, y que fué por lo mismo Madre de la divina gracia? Sin embargo, hijos míos, el Santo Evangelio nos dice que María quiso sujetarse á la lei de Moysés, la cumplió con la mas exacta fidelidad, guardó los dias de la purificacion, partió para Jerusalem con el Niño y le presentó al Señor en el templo. *Postquam impleti sunt dies purgationis ejus secundum legem Moysi, tulerunt illum in Jerusalem, ut sisterent eum Domino.*

3. Nada es pues tan importante, supuesta la puntualidad de María en dar cumplimiento á una lei que no la obligaba, como inquirir las causas de este proceder; porque sin duda encierra grandes misterios. El Evangelio nos dice que á la sazón habia en Jerusalem un hombre justo llamado Simeon, el cual vino al templo dirigido por una inspiracion, y al entrar en él con el Niño Jesus sus padres, le tomó en sus brazos y bendijo á Dios, entonando un himno gratulatorio y profético: y habla tambien de una viuda venerable, que era Profetiza y á la vista del Niño, le da el testimonio de su fe como Salvador del mundo. Veamos pues en la resolucion de María para sujetarse gratuitamente á la lei de la purificacion, el cumplimiento de mui altos designios y un gran merecimiento; y en el misterioso proceder y gloriosos tributos de Simeon y Anna, la recompensa con que se dignó el Señor coronar el sublime sacrificio de María.

## I.

4. Con decir, amados hijos, que la purificacion de Nuestra Señora constituye uno de los grandes misterios de nuestra religion, está visto que no nos es dado penetrar todo su fondo, ni alcanzar todos los designios que se propuso el Señor en el hecho de sujetar á su Madre á esta humillante lei. Mas como todos los misterios han sido revelados para nuestra enseñanza y provecho, hai en cada uno de ellos una parte luminosa que puede alcanzar nuestra razon. Estudiando este suceso á la luz de ese principio que nos revela el fin con que Jesucristo Señor nuestro quiso revestirse de nuestra naturaleza, descubrimos que el misterio de la purificacion tiene con tan alto fin relaciones mui íntimas y estrechas, las cuales bastan para darnos á conocer sus principales designios en el homenaje que hoy tributa la Santa Virgen á la lei de Moysés. Bien sabéis que la mision de Jesucristo fué de rigurosa plenitud y una verdadera restauracion, y por lo mismo quiso dar á la lei de Moysés todo aquel obsequio necesario, para ponerla un término digno en la parte puramente ceremonial, y elevarla á la mas alta perfeccion en la parte moral, y por esto dijo "que no habia venido á destruir la Lei, sino á cumplirla." Dize su Madre, y quiere que el mundo vea en ella la mas perfecta semejanza que

puédiera presentar la tierra, la asocia á sus humillaciones y quiere que coopere á sus designios. Ella entónces, secundando en todo los planes de su Hijo, reserva su propia gloria, haciendo servir á esta reserva el ceremonial comun de la Lei, y con este acto, prodigiosamente fecundo, recomienda la mas bella de todas las virtudes, honra el templo, y deja un tipo de perfeccion á la madre cristiana. Entremos en materia.

5. La Lei de Moysés, hijos míos, propiamente dicha, esto es: aquel conjunto de preceptos que miraban al ejercicio de la religion y gobierno político del pueblo, tenia señalado un término, como todo lo figurativo en que ella debiese acabar, y este término, como bien sabéis, era el instante mismo en que Jesucristo Señor nuestro, triunfante y glorioso despues de su muerte, instituyese su Iglesia para que fuese gobernada conforme á la Lei evangélica. Mas como ántes de este momento Jesucristo pasó treinta y tres años en el mundo, quiso Su Majestad sujetarse en todo á la lei judicial y ceremonial de Moysés, pues que en su calidad de profética era una lei santa, y en lo relativo al régimen civil que institua, era una lei sapientísima. He aquí por qué quiso el Salvador mostrarse como el mas celoso en obedecer la lei mosaica, para darnos con esto un eficaz ejemplo en el sistema de nuestros deberes religiosos y sociales. Quería presentarse aun á los ojos del judío como un israelita perfecto, para quitar hasta el último pretexto á su pertinacia y rabiosa incredulidad. Y como su Madre purísima, unida íntimamente con él en el gran designio que le habia traído á la tierra, no habia de hacer otra cosa que su voluntad soberana, por esto quiere que ella, sin obligacion de ningun género, fuese puntualísima en cumplir la lei de la purificacion, y este fué sin duda el primer motivo que determinó á la Santísima Virgen á sujetarse á ella. Pasemos al segundo.

6. Explicando el apóstol San Pablo la doctrina de Jesucristo á los Filipenses, les dice, que Jesucristo, siendo verdadero Dios, se anonadó á sí mismo tomando la forma de esclavo, hecho á semejanza de los hombres y mostrándose como tal en su porte. Este concepto, amados hijos, nos da bastante luz para conocer por una parte, que ninguna de las cosas que practicó el Señor eran obligatorias para su Majestad, y por otra, que el haberlas practicado, sin embargo, fué con el grande fin de enseñarnos con su ejemplo y salvarnos con su sacrificio. Si quiso pues que su Madre purísima no apareciese con singularidad ninguna, sino ántes bien, que se sujetase á una ceremonia verdaderamente humillante para la humanidad, fué para que á su turno se le asemejase: pues así como el Hijo, sin embargo de su Divinidad, quiso tomar la humillatísima forma del esclavo, la semejanza de la carne de pecado y el sello del pecador en el hecho de someterse á la lei de la circuncision; de la misma suerte María, sin embargo de ser concebida en gracia y vivir exenta de toda culpa, quiso aparecer con la mancha de las otras madres, y someterse como ellas á la lei de la purificacion. Por esto exclama el Padre San Bernardo, dirigiéndose á esta privilegiada criatura: "¡Oh Virgen verdaderamente feliz, no tienes tú, por cierto, ni motivo ni necesidad alguna de purificacion; ¡pero acaso necesitó tu Divino Hijo circuncidarse! Sé pues tú entre las mujeres una de ellas, ya que tu Hijo no desdeñó de contarse en el número de los niños!"

7. En tercer lugar, ya sabéis que el misterio de la Encarnacion del Verbo era un secreto depositado en mui pocas almas, y María pasaba en el concepto comun del

pueblo como Madre de Jesus segun el órden de la naturaleza, y José como su Padre: sabéis así mismo, que entró en los designios del Señor cubrir su naturaleza divina con las sombras del misterio y reservar su plena manifestacion para cuando comenzara su carrera pública. María, pues, colocada en la alternativa de faltar á este designio con la entónces peligrosa publicidad de aquel misterio, ó de sujetarse á la lei para evitar el escándalo que de otra suerte habria causado la singularidad de su conducta, no vació un momento en decidirse por el último extremo, y este es el segundo motivo de su resolucion. Una causa semejante obligó despues á Jesucristo á criar una moneda en la boca de un pez para pagar con ella el tributo que se le exigia. Nada tan importante como evitar el escándalo: "Si escandaliza á mi hermano este alimento, decia San Pablo, no comeré carne jamas;" ¡sentencia llena de luz, que hablaria mui alto en favor de la Lei divina y de la caridad fraternal á todos los cristianos!

8. Pero aun sin este motivo, poderoso en alto grado, la Santa Virgen daba una bella leccion con tan heroico ejemplo en favor de la mas bella de todas las virtudes. Si aun hallándose libre de toda mancha, quiso sin embargo sujetarse á la lei de la purificacion, bastante manifestó con esto que nunca seriamos demasiado solícitos en el empeño de purificar nuestras almas. Así como la circuncision del cuerpo, á que se dignó sujetarse el Redentor, debia conducirnos á la circuncision del espíritu, mas árdua y mas gloriosa, como lo enseña San Pablo; así tambien la purificacion del cuerpo, á que se sujetaba María, debia conducirnos mas eficazmente á buscar á toda costa la purificacion del alma. Este es el sentir de San Bernardo: ¡Por qué decimos que María se purifica? dice: ¡Por qué decimos que Jesus se circuncidó, siendo así que ni ella necesitaba de purificacion ni el Señor de circuncision? Luego si el Hijo es circuncidado y la Madre purificada, es precisamente para nosotros; pues con esto daban un ejemplo á los penitentes, para que apartándose de los vicios se circundasen primero por esta continencia misma, y purificasen despues de sus antiguas manchas por medio de la penitencia." Este es el cuarto motivo que determinó el proceder de María.

9. En quinto lugar, como en aquella ceremonia los padres presentaban á sus hijos en el templo del Señor, María quiso, haciendo lo mismo con el suyo, honrar y consagrar con la presencia del Mesías en el principio de su vida mortal, aquel templo, con lo cual tendria su mas exacto cumplimiento la profecía de Aggeo: "Vendrá el deseado de todas las naciones, son las palabras de este Profeta: llenaré de gloria esta casa, dice "el Señor de los ejércitos, y la gloria postrera de esta casa será mucho mayor que la primera." En efecto, hijos míos, aquel antiguo templo, perdurablemente célebre por su incomparable magnificencia en los fastos de las artes, no tuvo, sin embargo, la gloria del segundo. ¡Por qué? Porque aquel era simplemente dedicado, y éste honrado con la presencia misma del Salvador: porque si allá todo era figurativo, acá fué todo real desde que Jesucristo comenzó á honrarle con su ministerio. Aquí se ofreció al Eterno Padre, aquí habia de predicar su doctrina y obrar sus milagros. Este es el templo á que se referia el Profeta Malaquías en aquellas palabras memorables: "Vendrá á su templo santo el Dominador á quien buscáis, el Angel del Testamento á quien queréis."

10. Quiso tambien la Virgen Madre, con su determinacion de cumplir la Lei, ense-

ñar á todas las madres con su ejemplo, á ofrecer al Señor, desde su parto, el fruto de su vientre, y este es el sexto motivo de su proceder. ¡Leccion de altísima ciencia, hijos míos, que derrama una esplendente y copiosa luz sobre el matrimonio cristiano, y desprendiéndonos á su vista de las ideas de la carne, nos muestra cuánto esta union, favorecida con la gracia, consagrada por la religion y elevada por Cristo á la categoría de un sacramento, tiene de respetable, santo y augusto! En sus frutos deben ocupar el primer lugar las almas sobre los cuerpos: el hijo que nace, es un nuevo siervo del Señor; debe ofrecérsele desde su cuna, para que sea enriquecido de gracias, cumpla siempre la Lei divina, viva en virtud y muera en santidad.

11. A imitacion de la Santísima Virgen, muchas madres piadosas, cuyos nombres están escritos en el catálogo de los santos, guardaron la costumbre de ofrecer al Señor á sus hijos desde el momento de nacer; y estos hijos, favorecidos por Dios con singularísimas gracias, manifestaron en su glorioso destino cuán del agrado del Señor es que la madre se apresure á ofrecerle el fruto de su vientre. Mónica habia ofrecido al Señor á su hijo Agustin; y este hijo, detenido en la mitad de su carrera por una mano invisible, para que no siguiese andando por los caminos de la perdicion, convertido á Dios y formando con su piedad, con su genio y sabiduría una de las mas robustas y hermosas columnas de la Iglesia santa, parece darnos á entender que aquella oblacion que de él hizo su madre, hizo que el Señor le convirtiese. Esta misma práctica seguia la madre de Bernardo; tomaba en sus brazos á cada niño que le nacia, le ofrecia luego al Señor, y ya desde entónces trataba á sus criaturas como si estuviesen consagradas: las veia como un depósito santo que el mismo Dios le habia confiado. Estos ejemplos introdujeron en el pueblo fiel la costumbre de ofrecer las madres sus hijos al Señor, presentándoles en la Iglesia, dando á Dios gracias por haberlas libertado de los peligros del parto, y pidiendo bendiciones para ellos á su bondad infinita.

12. María, pues, cumplió las prescripciones de la Lei, ofreciendo, no un cordero, pues que presentaba en su Hijo al verdadero Cordero de Dios que borra los pecados del mundo; sino un par de tórtolas, ó dos palominos, que era la oblacion de los pobres. Esta ofrenda, hijos míos, encierra un gran sentido, como lo han enseñado los Padres. "La Lei de Dios, dice San Ambrosio, eligió esta ofrenda de una hostia casta: porque "este es el verdadero sacrificio de Cristo, la pureza corporal y la gracia espiritual; la "pureza se simboliza en la tórtola, y la gracia en la paloma." El venerable Beda, explicando la misma oblacion, entiende que la paloma denota la simplicidad, y la tórtola simboliza la castidad; porque la paloma es tan amante de la simplicidad y la tórtola de la castidad, que si acaso pierden su consorte, no buscan desde entónces otro. Luego con mucha razon se ofrecen al Señor la tórtola y la paloma como una hostia, pues el sacrificio acepto á su justicia es un homenaje simple y puro para su Magestad.

13. Ved, pues, hijos míos, lo que nosotros debemos entender, para gobierno de nuestra conducta, de aquella ofrenda misteriosa; y cómo podemos á nuestro turno hacerla á Dios de las cosas que aquella representa. ¡Cómo ofrecerémos al Señor un par de tórtolas ó dos palominos? Con abandonar el pecado, y convertirnos á su gracia; con aborrecer el pecado y abrasarnos en su amor; con nuestro empeño y solicitud en conservar la

pureza de cuerpo y alma, con la piadosa sujecion de nuestro entendimiento á la fe y de nuestra voluntad á la gracia.

14. Hemos visto las razones que tuvo nuestra Señora para someterse á la lei de la purificacion: razones todas que vienen á reducirse á dos grandes ideas: la gloria de Dios y el bien de la humanidad: hemos visto que el haberse sujetado á tal ceremonia la criatura inmaculada que Dios escogió para Madre suya, fué un acto de profunda humillacion é incomparable humildad: virtudes predilectas, tiernamente amadas del Señor, y á las cuales tiene ofrecidas insignes recompensas. “El que se humilla será “exaltado,” decia nuestro Señor Jesucristo, y la misma Virgen Madre, inspirada por los grandes recuerdos de la religion, cantó las glorias de esta virtud, cuando dijo: “que el Señor exaltó á los humildes: *exaltavit humiles*. No nos limitemos, pues, hijos míos, á considerar la grandeza del merecimiento; pasemos á contemplar la gloria de la recompensa, viéndola resplandecer toda en el singularísimo proceder y la sublime inspiracion de esos ancianos profetas que, penetrando al través de aquellas apariencias comunes la presencia del Mesías, dan un testimonio glorioso á su divinidad y mision.

## II.

15. Aunque Jesucristo Señor nuestro, revistiéndose de nuestra naturaleza y sometándose á todas sus penalidades, quiso aparecer siempre pobre, atribulado y pues que vino á padecer y morir por el hombre, y en consecuencia despreció todo lo que el mundo tiene de grande, imponente y glorioso, hasta el extremo de aparecer casi desapercibido; tuvo siempre cuidado, segun habéis visto, de manifestar de algun modo su grandeza y dejar traslucir, al través de tanta oscuridad, algunos rayos de su Luz divina. Se hizo anunciar por los profetas de manera que los que con espíritu sincero estudiasen por un lado las predicciones de éstos y por otro los pasos de su vida mortal, reconociesen á Dios en las mismas humillaciones, ultrajes, y hasta en la muerte de cruz á que quiso sujetarse. Elige por Madre á una pobre y retirada virgen; pero quiere que un ángel de altísimo rango la haga presente de su parte tan glorioso designio. Nace en un pesebre, ignorado de todos y como el desecho de los hombres; pero dispone que un ángel del Señor le anuncie á los pastores, y un ejército de ángeles cante cerca de su cuna y con motivo de su nacimiento la gloria de Dios y la paz de la humanidad. Permite que no se aperceba de él ninguno de los moradores de la privilegiada ciudad en que nace; pero cria un astro y le ordena ir á las remotísimas comarcas de Oriente á revelar su Nacimiento á los magos, y conducirles al establo humilde en que yacia, para recibir sus adoraciones. Consiente en ser circuncidado como los hijos de culpa; mas recibiendo el Nombre de Jesus, parece inaugurarse allí en la tierra solemnísimamente como el Rei de misericordia que viene á salvar á la humanidad: toma un nombre que es sobre todo nombre, ante el cual se rendirian humillados los infernos, se postraria el mundo y se inclinarian con respeto los cielos. Pues de esta misma suerte quiere que su Madre, purísima desde el instante mismo de su concepcion, se sujete á una lei que no la corresponde, la de la purificacion, y le presente al Señor como uno de tantos niños que nacia; pero allí mismo

prepara espléndidas confesiones de su Divinidad y rendidos tributos á su gloria. Tal es la mision que desempeñaron allí dos ancianos venerables: Simeon, el hombre justo y temeroso de Dios, y Anna la profetiza, hija de Phanuel, y que contaba una larguísima viudez. Ved, hijos míos, el testimonio que uno y otro dan á la Divinidad del Mesías en el acto mismo en que sus Padres penetran en el templo en obsequio de la Lei, con el objeto de presentarle al Señor.

16. El Espíritu Santo, que moraba en Simeon, como dice el Evangelio, le tenia revelado que no habia de morir ántes de ver al Cristo del Señor: *non visurum se mortem nisi prius videret Christum Domini*. Este pensamiento le tenia de continuo tan arrobado, dominaba de tal suerte todo su ser, que ya desde aquella revelacion feliz se dedicó todo á esperar la venida del Mesías. Pendiente se hallaba de cuanto sucedia: buscaba en el fondo de los acontecimientos las señales de esta venida, é incesantemente dirigia las mas fervorosas oraciones al Señor para que coronase su esperanza; su alma llena de la inspiracion divina le representaba constantemente al Mesías, y la imagen del Redentor, presente de continuo á su espíritu, recibia sus mas tiernos homenajes.

17. Un día, el mas feliz de toda su vida, se siente agitado, poseído de un sentimiento que parece sacarle de sí mismo: un impulso irresistible le conduce al templo: era el misterioso aviso de que habia sonado ya la hora feliz; pues lo mismo fué penetrar en aquel sagrado recinto que ver entrar igualmente á los dos santos Esposos con el Niño á quien esperaba: María y José iban á cumplir la Lei de Moyses, presentando el Niño al Señor. Vió el anciano este Niño, y al instante un sentimiento de aquellos que no pueden explicarse, abrió sus brazos ya decrepitos: extiéndeles para recibirle, y cuando estrechaba sobre su pecho, inspirado por el amor, á Aquel á quien muchos reyes y profetas quisieron ver y no vieron, quisieron oír y no oyeron, al Desado de las naciones, levanta su espíritu al Señor, y con el acento de la ternura, de la esperanza y del amor, canta su muerte y con ella el día de su ventura, y el momento de entrar al goce de una perdurable paz, en un himno brevísimo, en verdad, pero tan conceptuoso, tan tierno, tan singularmente bello, que basta por sí para detener con transporte al espíritu que le medita en presencia de aquel anciano, que pasa de la paz de la virtud á la paz de la felicidad. Oídle, hijos míos, y no perldís una sola palabra, porque todo es aquí espíritu y vida. “Ahora, Señor, dice aquel venerable anciano, *ahora si que sacas en paz de este mundo á tu siervo, segun tu promesa*. Porque ya mis ojos han visto al Salvador que nos has dado, al cual tienes destinado para que, expuesto á la vista de todos los pueblos, sea luz brillante que ilumine á los gentiles y la gloria de tu pueblo de Israel.”

18. Esta primera palabra, hijos míos, este *nunc*, este *ahora* con que da principio el himno que acabáis de escuchar, tiene en la boca de Simeon una énfasis sublime. Es como si hubiera dicho, “hasta que por fin,” para manifestar la realizacion feliz de un suceso continua y vehementemente esperado: es la expresion de un espíritu que descansa despues de una larga tarea; es la expansion de un goce que ya se siente, y que se habia largo tiempo deseado; es el desahogo de una alma que ya lo posee todo, y nada la queda que desear. “Ahora sí, Señor:” tal es la primera palabra del anciano. ¡Pe-

ro qué acontecimiento es éste relativamente á él? ¿Qué bien suyo encarece aquí con motivo de la venida del Salvador? ¡A qué se refiere cuando habla de un placer, de una dicha inefable para sí? ¡A qué, hijos míos? A su cercana é indefectible muerte. El anciano se siente ya salir de la vida; casi no acierta á distinguir si se encuentra en la eternidad ó el tiempo; se complace en su sepulcro cuando todavía no es invadido por el dolor á pesar de su vejez: Simeon canta su muerte, la canta con belleza, la canta en los trasportes del mas grande júbilo, y se muestra desde entónces con un carácter sublime á la admiracion de los hombres. La muerte, este acontecimiento tan terrible como necesario, este suceso que hace correr tantas lágrimas y palpar tantos corazones, este último trance que á todos nos penetra de terror, es para el viejo Simeon el arribo de su felicidad, el perdurable objeto de su júbilo, el día de la paz y del gozo: "Ahora sí, Señor, sacas en paz de este mundo á tu siervo, segun tu promesa:" *Nunc dimittis servum tuum, Domine, secundum verbum tuum in pace.*

19. ¿Pero cuál es, me diréis, la causa de este raro júbilo con motivo de una muerte que se apresura? La presencia del Salvador del mundo, que aquel viejo tenía ya en sus brazos. Poned en esto vuestra consideracion; contemplad este cuadro con la luz de la fe, y desaparecerá vuestra sorpresa, y os parecerá todo tan propio y natural, como mas no podia ser. ¿Quién estaba en los brazos de Simeon? Jesucristo. ¿Quién es Cristo? Dios y Hombre verdadero, me diréis, y os volveré á preguntar: ¿quién es Cristo para nosotros? y me responderéis, no con vuestros propios conceptos sino con las palabras del mismo Salvador, que es el camino, la verdad y la vida. ¿Por qué se teme la muerte? Por la oscuridad impenetrable de los caminos de la eternidad, por la duda práctica respecto de nuestro propio estado, pues que solo sabemos de ciencia cierta que hemos ofendido al Señor, y finalmente, por el temor terrible de que á la muerte temporal suceda la muerte eterna. Pero si Jesucristo Señor nuestro es el camino, la verdad y la vida, el anciano que lo tenía en sus brazos, despues de haberle llevado siempre en su corazon y servido con sus obras, no tiene ni sombra de incertidumbre, porque este Jesus era para su fe una promesa ya realizada; ni teme la perdicion, porque la paz en que habia vivido, le quitaba todo linaje de inquietud al tiempo de morir, y sobre todo, porque tenía en sus brazos á la vida misma. Aquel viejo, que no habia tenido ojos para el mundo, les fijaba entónces en el Salvador, y esta vista sola era para él un presagio de salud y un signo de felicidad: "porque mis ojos han visto al Salvador que nos has dado," dice: *quia viderunt oculi mei salutare tuum.*

20. Desahogado Simeon de estas primeras emociones, retrocede con su espíritu hasta la cuna del género humano, vuelve de allí recorriendo toda la historia profética del Salvador, é inspirado divinamente, mira en el porvenir todas las glorias del Mesías en esos pueblos que, atraidos por su luz, habian de adorarle. Tal me parece aquel anciano, cuando escucho las siguientes palabras de su himno profético dirigidas al Señor, y referidas al Salvador del mundo: "al cual, dice, esto es, á este Salvador, tienes destinado para que, expuesto á la vista de todos los pueblos, sea luz que ilumine á los gentiles, y la gloria de tu pueblo de Israel."

21. Mientras el Profeta entonaba este cántico de accion de gracias y de gloria, Ma-

ría y José, absortos en la contemplacion de tantas maravillas, no se cansaban de admirar al mismo tiempo su dicha propia en la grandeza del Niño, y la inspiracion del anciano en su actitud venerable, su acento profético y su oracion sublime: "Su Padre y "su Madre," dice el Evangelista despues de las últimas palabras que habéis oido y refiriéndose por tanto á José y María, "escuchaban con admiracion las cosas que de él "se decian:" *Et erat pater ejus et mater mirantes super his, que dicebantur de illo.*

22. Mas no se detuvo aquí, amados hijos, la voz del Profeta; pues dando su bendicion á los dos Esposos, profetiza dos caracteres relativos del Mesías: el que tendria para los que creyesen en él, y el que mostraria para los que le desconociesen, ó confundiéndole con sus palabras, le negasen con sus obras: deja traslucir los trabajos de su Pasion, y entrever por entre las sombras del porvenir aquella espada de dolor que habia de traspasar de parte á parte el corazon de la mas tierna de todas las madres. "Simeon "bendijo á entrambos, continúa el evangelista, y dijo á María su Madre: Este Niño "que ves, está destinado para ruina y para resurreccion de muchos en Israel; y para "ser el blanco de la contradiccion de los hombres: lo que será para tí misma una espada que traspasará tu alma."

23. De esta suerte, hijos míos, vemos destinada, segun parece, la solemnidad legal de la Purificacion de María y Presentacion de su Hijo en el Templo, como para celebrar al mismo tiempo la clausura de las profecias. Allí se verificaron los últimos oráculos de la Lei antigua, y los profetas de aquella memorable noche serian al mismo tiempo doctores que declarasen haberse cumplido ya en Jesus todos los oráculos relativos á su venida y nacimiento, y profetas que anunciasen lo que todavía quedaba pendiente y muy pronto se habia de consumir. Tal es aquel anciano, como lo acabáis de ver, y tal fué tambien aquella viuda venerable que dividió con Simeon el gozo de ver al Mesías ya venido, y la gloria de dar un testimonio á su Divinidad.

24. "Vivia entónces, dice para concluir este punto el evangelista San Lucas, una "profetisa llamada Anna, hija de Phanneel, de la tribu de Aser, que era ya de edad muy "avanzada, y la cual, casada desde la flor de ella, vivió con su marido siete años. Y "habíase mantenido viuda hasta los ochenta y cuatro de su edad, no saliendo del templo y sirviendo en él á Dios día y noche con ayunos y oraciones. Esta pues, sobreviniendo á la misma hora, alababa igualmente al Señor; y hablaba de él á todos los que "esperaban la redencion de Israel."

25. Nada os diré, amados hijos, de este último lugar de la leccion evangélica que os estoi explicando, porque ella está manifestando por sí misma toda su luz. Esta profetisa renne dotes muy elevadas: su estirpe ilustre, su ancianidad respetable, su antigua y virtuosísima viudez, su vida religiosa y eminentemente mística, pues no salia del templo, el rigor de su penitencia y el fervor de su oracion, la presentan con todos los atributos de la santidad, y reclaman para ella todos los homenajes debidos á la virtud. Su costumbre de permanecer casi de continuo en el Templo, sin estar fuera de él sino lo muy preciso para atender á las necesidades de la naturaleza, fué magníficamente recompensada por el Señor; pues á ella debió el verle llegar en los brazos de María, el presenciar aquella ceremonia augusta, aquel cuadro tierno y sublime, y es-

cuchar el himno gratulatorio y profético de Simeon, y unir su voz á la del anciano, para celebrar á una con él aquel suceso maravilloso y dar testimonio á la Divinidad del Mesías: recompensa de inestimable precio, hijos míos, ofrecida por Dios á la solicitud constante de los que tienen siempre encendida, no solo en su entendimiento sino también en su corazón, la divina lámpara de la fe; para las almas que creen y obran como creen, que oyen y guardan la palabra de Dios.

26. ¡Cuál debe ser, pues, vuestra atención hácia este misterio de la Purificación de María y la Presentación de su Hijo al Señor en el templo! ¡Cuán alto no debe hablar á vuestras almas el ejemplo de una Madre, que siéndolo del mismo Dios, y sin dejar de ser virgen, quiso sin embargo someterse á la humillantisima lei de la purificación! Cuánto no tenéis que aprender en el prudentísimo, sabio y misterioso silencio de aquella criatura, tan heroico y grande, que se sometió á todo un sacrificio ántes que romperle! ¡Y con qué empeño no nos debemos apresurar á imitar su celo por la Lei divina, cuando vemos tan magníficamente recompensada por Dios la fidelidad de María en cumplir con una lei ceremonial, sin embargo de no tener ninguna obligacion! Un Profeta recibe tiernamente en sus ancianos brazos á Jesus, le reconoce como verdadero Dios y Hombre, le saluda con sus afectos, como al Mesías prometido, y cual si hubiese sido el representante de todos sus antepasados y de las entónces generaciones futuras, da gracias al Señor por tanto beneficio como á nombre de la humanidad: él mismo encarece su ventura en las palabras mismas con que canta su muerte: derrama inefables atractivos sobre las santas austeridades de la virtud cuando se muestra infinitamente recompensado con tener en sus brazos al autor de la vida, y aparece aquí como el mensajero del mismo Dios, para recompensar el sacrificio de María con su testimonio brillante á la Divinidad y gloria de Jesus.

27. Sed, pues, hijos míos, fieles imitadores de esta Madre Santa, expertos discípulos de esta Maestra sabia, testigos aprovechados de este anciano profeta en su vida, toda de virtud y santidad, admiradores prácticos de la constancia de aquella profetisa en vivir consagrada al servicio de Dios; y estad seguros que, como ella y Simeon tuvieron la dicha de ver en los brazos de María al Salvador del mundo, de recibirlo el primero en los suyos, y gozar de su presencia la segunda, también vosotros, como fieles devotos de María, nunca dejaréis de ver en sus brazos al Autor de la gracia, y al dar el paso crítico del tiempo á la eternidad, recibiréis de ella misma en los vuestros, es decir, en la plenitud de la vista perdurable y posesion inamisible, al Supremo Dispensador de la gloria.

## PRIMERA PARTE

DE LA

# DOCTRINA CRISTIANA.

## VIGESIMACUARTA INSTRUCCION.

SOBRE LA VIDA OCULTA DE JESUCRISTO.

*In mundo erat, et mundus per ipsum factus est, et mundus eum non cognovit.*  
En el mundo estaba, y el mundo fué por él hecho, y con todo, el mundo no le conoció.

Joann. Cap. I. v. 10.

1. **H**EMOS recorrido hijos míos, una serie de prodigiosos acontecimientos, de misterios augustos, desde que nos pusimos á considerar la anunciacion que hizo el Angel á María, de las miras que tenia sobre ella el Señor, hasta la noche, para siempre memorable, de su ingreso en el Templo á los cuarenta dias de haber dado á luz en Betlehem al Salvador del mundo, para presentarlo al Señor. En esta carrera nos ha venido dirigiendo, como á los israelitas en su peregrinacion, una columna tenebrosa y lucida, por explicarme así; pues por una parte vemos á la humanidad con todas sus tribulaciones, y por otra consideramos á la Divinidad con todo su poder y su gloria. Una niña, pobre y retirada en la pequeña ciudad de Nazareth, es interrumpida en su profunda meditacion con la presencia de un ángel que le anuncia su divina maternidad; tiene en su vientre al Salvador del mundo, y pártese sola para las montañas de Judéa con el objeto de llevar á Isabel, su prima, todos los socorros y consuelos de la caridad; y cuando imagina ser ella en la tierra la depositaria única del secreto de su gloria, se sorprende con un título que los labios de Isabel, abiertos por el Espíritu Divino, la dan en aquel instante, llamándola Madre del Señor. Dirígese á Betlehem de Judá con el objeto de cumplir la lei de César Augusto, empadronándose con su Esposo; no halla posada, ni aun en un meson, y tiene que ir á guarecerse de la inclemencia en un pesebre arruina-